

tierra? ¿Les prometia, por ventura, bienaventuranza y victoria, ó catástrofes y tribulaciones?

Eccē ego mitto vos sicut oves in medio luporum... cavete autem ab hominibus. Tradent enim vos in conciliis, et in sinagogis suis flagellabunt vos, et ad præsides et ad reges ducemini propter me in testimonium illis et gentibus. (S. Mat., c. 10, v. 16, 17, 18.)

Y más allá.—*Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et insurgent filii in parentes et morte eos afficient: et eritis odio omnibus propter nomen meum.*—(S. Mat. c. 10, v. 21, 22.)

Si el destino de la humanidad es perfeccionarse y subir, es cosa clara que nunca será más perfecta ni estará más subida, que al fin de los tiempos: pues vean ustedes ahora algo de lo que será ese fin.

Et est datum illi (á la bestia, encarnacion del mal) bellum facere cum sanctis, et vincere eos. Et data est illi potestas in omnem tribum, et populum, et linguam, et gentem. Et adoraverunt eam omnes qui inhabitant terram, quorum non sunt scripta nomina in libro vitæ agni, qui occisus est ab origine mundi.—(Apoc. c. 13, v. 7, 8.)

Et vidi angelum descendentem de caelo, habentem clavem abyssi et catenam magnam in manu sua: et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus et Satanas, et ligavit eum per annos mille, et missit eum in abyssum, et clausit, et signavit super illum, ut non seducat amplius gentes.—(Apoc. c. 20, v. 1, 2, 3.)

De estos testos resulta, que las olas del mar inundarán la tierra y subirán á lo alto: que serán pocos los que se salven de aquella tremenda avenida: que los santos serán vencidos: que todo será, en la grey del Señor, tribulacion y llanto, tentacion y batalla; y por último, que todos sucumbirian, si el brazo del Dios fuerte no encadenára á los mónstruos.

Toda mi doctrina está aquí: el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal. Aquí está la condenacion de todos los sistemas progresistas y perfeccionistas con que los modernos filósofos, embaucadores de profesion, han intentado adormecer á los pueblos, esos niños inmortales.

Y no se me diga que estamos lejos del fin: porque esto ¿quién lo podrá decir, y quién lo sabe? Lo que yo sé, es que esos grandes

crecimientos del mal no pueden realizarse sino de dos maneras: ó de súbito y por un milagro, ó progresiva y lentamente, segun la ley natural de las causas y de los efectos. La primera manera es imposible; porque de ella resultaría que el mal viene de Dios y no de la libertad del hombre; y por consiguiente, que Dios es el mal, y que Dios es el diablo, segun la blasfemia *proudhoniana*. Si es imposible aceptar la primera manera, aceptar la segunda es una cosa inevitable. Ahora bien (y aquí llamo la atencion de ustedes) es necesario suponer que el mal viene desarrollándose y creciendo muy de antiguo y de muy lejos: de donde se sigue que, para demostrarme que mis observaciones no tienen aplicacion á la época presente, no basta la demostracion imposible de que estamos lejos del fin, sino que es necesario, sobre esa, otra más imposible: la de que estamos lejos del principio.

Por lo demas, yo no doy esta última razon sino por lo que vale en calidad de una razon subsidiaria. El último dia, vecino de la eternidad, solo el que es eterno le conoce y le sabe. Fuera de él, todos le ignoran en el cielo y en la tierra. Pero no sería prudente olvidar que va ya para seis mil años que el género humano peregrina por el mundo: que su frente, bañada de polvo y de sudor, está llena de canas: que ese periodo de los seis mil años es un periodo bíblico tremendo: que San Vicente Ferrer pasa por el ángel apocalíptico: que se han consumado en la Europa las más grandes apostasías: que la luz evangélica ha penetrado en las más remotas regiones: que muchas de las profecías, anunciadoras del fin, se han cumplido ya sin ningun género de duda, y que las demas se irán cumpliendo.

Por lo demas, y sea de esto lo que quiera, siempre resultarán estas dos cosas, de cuanto llevamos espuesto: que el mal triunfa siempre del bien naturalmente, y que Dios triunfa siempre del mal por un acto de su voluntad soberana: que esto sucedió en el periodo que comienza en la creacion y acaba en el diluvio: que esto sucedió en el periodo que comienza en el diluvio y acaba con la venida de Nuestro Señor Jesucristo: y que eso mismo sucederá, segun el testimonio de las Escrituras, en el periodo que corre y se

prolonga desde la venida de Nuestro señor, como Salvador de los hombres, hasta su venida en gloria y magestad, como juez del género humano. Ahora bien, una ley que se cumple en todos, siempre y en todas partes; una ley que aparece en el principio, en el medio y en el fin de los tiempos, es una ley divina, que tiene bajo su imperio á la tierra: es una ley que preside al desarrollo de la humanidad, y que resplandece en la historia. Yo no la he inventado, la he visto. Yo no he hecho otra cosa sino mostrársela á los demas, vestida de una fórmula.

Como se vé, el catolicismo está muy lejos de considerar la vida social y la vida humana por un prisma de ricos y abrigados colores. Consiste esto en que á sus ojos la vida es una expiacion, y la tierra un valle de lágrimas. Lo que se llama mal entre los hombres, y lo que lo es en realidad, considerándolo en su origen, que es el pecado, se convierte en bien en la mano de Dios por sus efectos; como quiera que, ahora sirva de castigo, ahora de expiacion, es siempre un instrumento, en los réprobos de su justicia, en los santos de su misericordia.

Estos dos puntos de vista, el divino y el humano, sirven para explicar la pasmosa contradiccion que se advierte entre los juicios y las palabras de Nuestro Señor, y los juicios y las palabras de los hombres. ¡Bienaventurados los que lloran! decía el Salvador desde la montaña. ¿Y á quién se lo decía? Decíasele al mundo, que tuvo siempre las lágrimas por señal de desventura. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu! Esto decía á las gentes, y á los pueblos, y á las naciones, ocupadas perpétuamente en deificar la soberbia. Los perseguidos injustamente eran para el mundo asunto de compasion; y llamándolos *bienaventurados* en presencia del mundo, los hizo dignos de envidia. El mundo habia elegido á la cruz por símbolo de infamia: el Señor la escogió por símbolo de victoria. El mundo llamaba grandes á los soberbios: el Señor llamó grandes á los humildes. El mundo santificaba los placeres: el Señor santificó las tribulaciones. Por eso, al tiempo de espirar, y siendo el Señor absoluto de todas las cosas, no halló en las arcas de la eternidad, para dar en herencia á su Santísima Madre y á sus apóstoles santos,

joyas de más alto precio que la cruz, las lágrimas y el martirio.

Si, la vida es una expiacion: la tierra un valle de lágrimas. De nada sirve rebelarse contra la Providencia, contra la razon y contra la historia. Si no quereis alzar la vista á los cielos, ponedla en la cuna del niño sin pecado; allí, como en todas partes, leereis una leccion que es terrible. ¿Veis aquel niño que acaba de nacer, que no tiene voluntad, que no tiene entendimiento, que no tiene fuerzas, que nada puede, que nada sabe, que nada tiene? Pues en su extrema flaqueza, y en su extrema ignorancia solo una cosa puede y sabe: solo puede y sabe llorar: solo para derramar lágrimas no necesita maestro. *Et nunc intelligite.*

Mis opiniones, se dice, son contrarias á la filosofia y á la razon; y yo pregunto: ¿á cuál razon y á cuál filosofia son mis opiniones contrarias? porque la razon, tal como ha salido de las manos de Dios; y la filosofia, tal como ha salido de la religion católica, que es su madre, son para mí cosas venerables y santas. Si por razon se entiende la facultad que ha dado Dios al hombre de recibir y comprender lo que le revela, y de sacar consecuencias provechosas para la vida y para la sociedad, de lo que le ha sido revelado, yo acato y venero, como una de las obras maestras de Dios, á la razon humana. Si por razon se entiende la facultad de inventar la verdad, ó la de descubrir aquellas verdades fundamentales que son madres de todas las otras, sin el auxilio de la revelacion divina, entonces, no solamente no la venero y no la acato, sino que la niego resueltamente. Sus adoradores adoran una sombra, menos que una sombra real, una sombra soñada. Entre las ideas fundamentales de todas las ciencias y la razon, hay la misma relacion que entre los objetos exteriores y la pupila del ojo: su relacion no es una relacion de *causalidad*, sino una relacion de *coexistencia*.

Si por filosofia se entiende la ciencia que consiste en reducir á sistema y á método las verdades fundamentales, de este ó de aquel género, que nos han sido reveladas; en ordenarlas entre sí de manera que formen un armónico y luminoso conjunto; en señalar las relaciones en que están las unas con respecto á las otras: y en sacar de su fecundísimo seno otras verdades secundarias que pueden ser-

vir de enseñanza á la sociedad y al hombre, acato y venero la filosofía, como una cosa que honra y enaltece al género humano. Esto fue la filosofía en manos de los doctores católicos: eso fue en manos de San Agustín, á quien nadie excede, ni quizás iguala, en lo agudo, en lo sagaz, en lo penetrante del ingenio: eso fue en manos de Santo Tomás, que en ingenio sólido, vasto y profundo no tiene competidores. No era por cierto esta clase de filosofía la que yo tenía en mi mente cuando condenaba la filosofía en mis cartas. Pero si por filosofía se entiende la ciencia que consiste en conocer á Dios sin el auxilio de Dios, al hombre sin el auxilio del que le ha formado, y á la sociedad sin el auxilio del que calladamente la gobierna; si por filosofía se entiende la ciencia que consiste en una triple creación, la creación divina, la creación social y la creación humana, yo niego resueltamente esa creación, esa ciencia y esa filosofía. Eso y no otra cosa es lo que niego: lo cual quiere decir que niego todos los sistemas racionalistas, los cuales descansan en este principio absurdo, á saber: que la razón es independiente de Dios, y es competente para todo.

Si se me preguntase mi opinión particular sobre el eclecticismo, diría que el eclecticismo no existe. No existe: lo primero, porque si consiste en escoger ciegamente ciertos principios solitarios entre los varios sistemas filosóficos, el eclecticismo es lo que sería el inocente recreo del que, deshojando los poemas homéricos, echase las hojas sueltas á volar para ver el caprichoso sentido de las que se juntaban en el aire: lo segundo, porque si consiste en escoger con criterio, la filosofía no está en la elección, sino en el principio que sirve de conductor al que escoge; en cuyo caso la unidad del criterio, la unidad del principio, la unidad del conductor en el laberinto ecléctico, convierten al eclecticismo en un sistema absoluto. Hay mas todavía: la tal elección no existe nunca: en el primero de estos casos, porque el que se abandona á la casualidad, no escoge: en el segundo, porque el que comienza por asentar un criterio de elección, no tiene libertad de escoger, siendo esclavo de su criterio.

Sea de esto, empero, lo que quiera, el eclecticismo no podría ser considerado en ningún caso sino como una rama pálida y desho-

jada del gran árbol racionalista, puesto en medio de la sociedad como aquel árbol paradisaico que trajo al mundo la muerte. Del racionalismo han salido el *spinosismo*, el *volterianismo*, el *kantismo*, el *hegelianismo* y el *cousinismo*, doctrinas todas de perdición, que, en el orden político, religioso y social, son para la Europa lo que en el orden físico es para el celeste imperio el opio de los ingleses.

Sí: la sociedad europea se muere: sus extremidades están frias; su corazón lo estará dentro de poco. ¿Y sabéis por qué se muere? Se muere, porque está envenenada. Se muere, porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de la sustancia católica, y médicos empíricos la han dado por alimento la sustancia racionalista. Se muere, porque así como el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, así también las sociedades no mueren solamente por el hierro, sino por toda palabra anti-católica, salida de la boca de los filósofos. Se muere, porque el error mata; y esta sociedad está fundada en errores. Sabed que todo lo que teneis por inconcuso, es falso. La fuerza vital de la verdad es tan grande, que si estuviérais en posesión de una verdad, de una sola, esa verdad podría salvaros. Pero vuestra caída es tan honda, vuestra decadencia tan radical, vuestra ceguedad tan completa, vuestra desnudez tan absoluta, vuestro infortunio tan sin ejemplo, que esa sola verdad no la teneis. Por eso, la catástrofe que ha de venir, será la catástrofe por excelencia de la historia. Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida. Y esto, no porque tenga una imposibilidad radical de salvarse, sino porque para mí está visto que no quiere salvarse. No hay salvación para la sociedad; porque no queremos hacer cristianos á nuestros hijos, y porque nosotros no somos verdaderos cristianos. No hay salvación para la sociedad; porque el espíritu católico, único espíritu de vida, no lo vivifica todo la enseñanza, los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres. Torcer el curso de las cosas, en el estado que hoy tienen, no se me oculta que sería una empresa de gigantes. No hay poder en la tierra que por sí solo pueda llevarla á cabo; y apenas podría ser llevada á término dichoso si obraran con concierto todos

juntos. Yo dejo al cuidado de ustedes averiguar si este concierto es posible, y hasta qué punto lo es; y decidir si, aun en el caso que sea posible, la salvacion de la sociedad no seria de todos modos un verdadero milagro.

Tiempo es ya de poner término á esta carta, que roba á ustedes el espacio que necesitan para ventilar otras cuestiones. Al concluir, me permitirán ustedes que haga una observacion importante. De todas las potestades nacidas de la nueva organizacion de las sociedades europeas, ninguna es tan colosal, tan exorbitante, como la potestad concedida á todos de poner su palabra en los oidos del pueblo. Las sociedades modernas han conferido á todos la potestad de ser periodistas; y á los que lo son, el tremendo encargo de enseñar á las gentes que Jesucristo confió á sus apóstoles. No me toca á mí pronunciar un fallo en este momento sobre esta institucion; cúmpleme solo señalar á ustedes su grandeza: la profesion de ustedes es á la vez una especie de sacerdocio civil y una milicia. El instrumento que manejan ustedes, puede serlo de salvacion ó de muerte. La palabra es más cortante que la espada, más pronta que el rayo, más destructora que la guerra. Ministros de la palabra social, no olviden ustedes nunca que la responsabilidad más terrible acompaña siempre á ese terrible ministerio: que no háy sino en la eternidad penas bastantes para castigar á los que ponen la palabra, ese don divino, al servicio del error; así como no hay galardones bastantes sino en la eternidad para los que consagran su palabra y sus talentos al servicio de Dios y de los hombres.

En la seguridad de que ustedes son de los últimos, tiene la honra de saludarles su amigo y S. Q. B. SS. MM.

JUAN DONOSO CORTÉS.

DISCURSO

SOBRE

LA SITUACION GENERAL DE EUROPA,

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 30 DE ENERO DE 1850,

al discutirse el proyecto de autorizacion al Gobierno para plantear los presupuestos de aquel año.